

## EL DISCURSO DE WALLACE Y LA POLITICA NORTEAMERICANA

El discurso que pronunciara el ex-Secretario de Comercio de los Estados Unidos, Sr. Henry Wallace, en Nueva York, hace unas semanas ha sido, en un sentido muy pragmático, la nota más saludable que se ha dado en Estados Unidos en muchos años. Sirvió, además de provocar un revuelo fantástico, para deslindar los campos; establecer normas y colocar la gente cada una en su sitio. Es útil acabar con el lamentable confusiónismo que prevalece en todo el país respecto a la única cuestión que realmente agita la vida nacional en el terreno internacional; el estado y el desarrollo de las relaciones con la Unión Soviética. Todos los demás problemas se empujancen al lado de este magno dilema. Todo lo que ha sucedido desde el final de la guerra mundial, resulta secundario, por la sencilla razón de que nadie en posesión de sus cinco sentidos, puede pensar seriamente que ninguna otra potencia obrigue con remotamente intenciones bélicas. Los defensores del régimen soviético pueden vanagloriarse de que el peligro de la guerra futura procede de los "reaccionarios", esa categoría amplia de gente que no vive en un estado hipnótico de ilusión respecto al estilo de vida que pregona el Kremlin. Pero la dura realidad que todos vamos reconociendo cada día más es que de la URSS fluye como una corriente continua y bien alimentada, las causas de la inquietud y el temor que se han adueñado de los ánimos en todos nuestros pueblos occidentales. Y el comportamiento de la URSS en el terreno internacional no deja lugar a duda, sino para el más tenazmente comprometido, de que el expansionismo soviético no es solamente un vago temor que pueda convertirse en realidad, sino una realidad que ya existe y que tiene que existir por la naturaleza de las cosas. La tesis, sostenida por Wallace y por muchos otros de que no hay razón ninguna porque el régimen soviético y el capitalista no pueda coexistir, no es cosa de los que vivimos bajo el capitalismo, sino que es precisamente lo que los soviéticos mismos sostienen. Por eso nos extraña mucho leer en el último libro de Sumner Welles, expositor admirable de la política internacional y pensador claro cuando de directrices se trata, que es un crimen y una demencia insistir en la incompatibilidad del capitalismo y el soviétismo. No hay un solo detalle en el pro-

cedimiento soviético que haya demostrado palpablemente que los dirigentes soviéticos piensen que haya una compatibilidad. Todo lo que ha pasado desde el mes de mayo de 1945 cuando terminó la guerra en Europa hasta la fecha, revela con una claridad meridiana que el gobierno soviético considera profundamente incompatible su sistema con el que priva en el Occidente.

La conferencia en París de los Ministros de Relaciones Exteriores de las potencias, encaminada a redactar junto con los países enemigos menores, los tratados de paz, representó lo que en los Estados Unidos se ha dado en llamar la reacción contra el apaciguamiento. El Secretario Byrnes manifestó su decidida voluntad de obstruir a la URSS en sus exigencias. El canciller norteamericano se reveló un estadista de mayores proporciones de lo que se había pensado antes durante los meses de contienda verbal; encono mal disimulado y testarudez nada común de los soviéticos.

Esta actitud del canciller norteamericano despejó el ambiente e hizo ver a todos los temerosos de una política fofa y deleznable, una nueva posición firme y decidida; la única capaz de hacer frente a los soviéticos. Nadie pide — a menos que no sea un perfecto exaltado — que la política de Occidente sea la de una guerra velada contra la URSS. Pero entre la posición de Wallace, ligeramente esbozada en su famoso discurso y la política actual de los Estados Unidos seguida por el gobierno del Presidente Truman, hay un trecho muy considerable. Wallace hizo un des-servicio positivo al romper lo que parecía ser una unidad laudable en el gobierno norteamericano. Dió lugar a infinitas especulaciones sobre la seriedad de esta política nacional y se prestó para que el gobierno soviético viese en el país dos grandes corrientes; la una, representada por Wallace, que favorecía al expansionismo ruso, llegando hasta sugerirle una zona de influencia reconocida; lo cual equivale a decir que nos lavamos las manos de toda responsabilidad en Polonia, países bálticos, y los Balcanes. Hubo como todo el mundo sabe un instante — largo por cierto, porque se prolongó casi una semana — durante el cual no se sabía a punto fijo si la política exterior de los Estados Unidos estaba determinada por Truman y Byrnes o por el entonces Secretario de Comercio. Esta confusión, que es un juego muy costoso en

los actuales momentos, nada contribuyó a la eficacia de la obra norteamericana en París.

Los comentarios extranjeros han sido en general poco favorables a este espectáculo de disidencia y contradicción entre los dirigentes de Estados Unidos. Encontramos, por ejemplo, en el periódico *l'Epoque* de París algunas reflexiones que se deben a la pluma de Albert Mousset:

"La siempre verdad es que el Sr. Wallace ha hablado como Secretario de Comercio, ansioso de no ver cerrarse ningún mercado a su país. Lo que nos asombra en su discurso, menos que su ataque al Imperio británico, es la posición que toma él en la política internacional, que, en principio por lo menos, está reservada al Secretario de Estado. Afortunado país en que cualquier ministro, con o sin carácter, puede darse el lujo de comentar asuntos diplomáticos en un lenguaje desmedido. Al aprobar el discurso de Wallace y el de Byrnes el Presidente Truman ha revelado su disposición para un juego peligroso. El Sr. Byrnes hizo una advertencia a los soviéticos; el Sr. Wallace a los británicos; falta saber donde está parada la nación norteamericana".

El comentarista francés ha puesto el dedo decididamente en la llaga. Dos ataques o mejor dicho, dos advertencias serias se han hecho; una a la URSS y la segunda a la Gran Bretaña; ambas aparentemente con pleno beneplácito del Presidente Truman.

Los que conocen los Estados Unidos saben a cabalidad que existe entre la población, en forma latente por lo menos, una formidable anglofobia. Los irlandeses, los aislacionistas y una infinidad de gente tal vez bien intencionada pero algo mal informada, se regocijan periódicamente en torcer la cola al león británico. Un periódico como el *Chicago Tribune* considera el día perdido si no lanza una tremebunda filípica contra algún aspecto de la política británica. Desde luego que el asunto carece de gravedad cuando se limita a los periódicos o a los discursos más o menos irresponsables. Reviste una gravedad muy grande cuando el ataque procede de boca de un miembro del gabinete presidencial. El grito de imperialismo contra la Gran Bretaña suena algo absurdo en estos momentos. Sobre todo cuando se destaca la obra británica como el prototipo del imperialismo. El gobierno de Clement Atlee se halla precisamente en el momento de firmar un tratado con Egipto para retirar las últi-

timas tropas británicas de aquel protectorado. Se ha llegado a un acuerdo con los sectores discordantes de la India para el establecimiento de la autonomía de aquella atormentada tierra. En las Antillas, Inglaterra ha concedido mayor autonomía que nunca a sus colonias. La independencia absoluta y sin restricciones de los dominios es ya un asunto que no permite la menor duda. Quiere decir que por casi la primera vez en su larga historia imperial e imperialista, el gobierno británico está en vías de liquidar mucho de sus dilatados reinos. Y es precisamente en ese instante que se le acusa de mayor imperialismo, pintando un cuadro sombrío del peligro para la paz mundial de esta política. La contradicción es realmente estupenda. Y al lado de ese recogimiento; o tal vez la mejor palabra sería, encogimiento, que es el rasgo actual de la política del Reino Unido, hoy un imperialismo que da muestras de una vitalidad desbordante. Wallace instó a su pueblo a que comprenda a la URSS. Todos estamos algo fatigados de este esfuerzo para que entendamos a la URSS. Todos los que nos ocupamos aun medianamente de los asuntos del mundo, la comprendemos demasiado bien, y precisamente por esa comprensión, es que abrigamos serias dudas acerca de la posibilidad de una colaboración. Wallace se muestra ciego ante el panorama francamente imperialista de la nueva Muscovia. Estonia; Latvia, Lituania, Polonia sojuzgada, gran parte de Alemania soviétizada; Hungría, parte de Austria; Yugoslavia, Rumania, Bulgaria, Albania, ¿qué más se quiere? Y encima de eso, Trieste para Yugoslavia; dos provincias turcas codiciadas; un predominio en los Dardanelos, Azerbaijan y parte de Iran, sin hablar de la preponderancia soviética en el Lejano Oriente, donde ha alcanzado todo lo que anhelaba en los felices tiempos zaristas: Sakhalin, Puerto Arturo, la Manchuria, parte de Korea y Mongolia. ¿Cómo comparar entonces este imperialismo voraz con el británico, y atribuir a este último una actitud de amenaza para la paz y la tranquilidad de los hombres? El único imperialismo en pie y en plena marcha hoy en día es el soviético, descarado, cínico y envuelto en el ropaje falso a todas luces de la "liberación". ¿Como es posible que una persona con dos dedos de frente piense que la adquisición de la península de Karelia, arrebatada a Finlandia, constituya una liberación para aquellos finlandeses que desgraciadamente vivían en aquella zona?

Ningún crítico, por apasionado que sea, puede hoy en día, sostener que la Gran Bretaña, totalmente exhausta por la cruenta guerra que acaba de sostener, sea la causa potencial de una nueva conflagración mundial. Aun los anglófilos más encarnizados tienen que admitir que la misma Inglaterra que fué tan remolona en 1938 en prepararse; que rehuía la guerra como el peor de los males y que sostuvo lo más pesado de la lucha quiera ahora, en 1946, lanzarse a una nueva aventura. Sin embargo el fortalecimiento de Inglaterra es algo que interesa a todos los que sostenemos los valores occidentales de la cultura. Ya pasó el día en que el Albión pérfido sea grito de batalla para los amantes de la libertad. Su imperialismo actualmente es tan opaco y tan tenue que apenas merece la palabra. El juego se vuelve peligroso cuando se trata de dividir a Inglaterra y los Estados Unidos. Es perfectamente evidente que tanto en la primera como en la segunda guerra de proporciones mundiales, los intereses vitales de los Estados Unidos han coincidido perfectamente con los de la Gran Bretaña. Inglaterra ha sido en un sentido absolutamente estricto, el primer baluarte de defensa del continente americano. Y la solidaridad entre Estados Unidos e Inglaterra en la paz es una de las necesidades más perentorias de la política internacional.

Algunos exaltados han propuesto una alianza definitiva entre los dos países. No es preciso que se llegue a tanto. La alianza no tiende a formalizarse porque existe de hecho en la conciencia de ambos países. Sin embargo, la URSS ha visto cualquier acercamiento más estrecho como fuente de hostilidad para ella. Y esto, a pesar de que una de las pocas alianzas actualmente existentes es justamente la anglo-rusa que tiene técnicamente una duración de veinte años.

El señor Wallace ha prestado un flaqueísimo servicio a la causa de la paz mundial porque ha introducido la nota discordante donde no debe estar; por haber introducido la cizaña entre dos naciones unidas por mil motivos históricos. Afortunadamente las peores consecuencias de su discurso han sido mitigadas por el apoyo que dió el Presidente Truman a Byrnes. El Secretario de Estado de los Estados Unidos pasaba entre muchos por un político viejo que no respondía a las exigencias del tiempo en que vivía. El comienzo de su administración no fué particularmente feliz, pe-

ró a la medida que las cosas han avanzado, se ha comprendido que ha crecido notablemente. Su discurso de Stuttgart fué una pieza íntegra. Se atrevió felizmente a arrosar el problema de Alemania que la URSS ha rehuido sistemáticamente, y abogar abiertamente por una política de reconstrucción. Hemos pasado ya un año y medio desde el final de la guerra contra Alemania. La ocupación va prolongándose sin que los acuerdos de Potsdam, tan elogiados, hayan sido puestos en práctica. El problema alemán que es el problema central de Europa, y por ende del mundo, no ha sido tocado. La penosa conferencia de París abordó exclusivamente el tema de los países satélites realmente en materia.

Pero volviendo al tema del discurso de Wallace. Hemos dicho al principio que este discurso sirvió para deslindar los campos. El ex-Secretario de Comercio se propone ahora, según sus declaraciones posteriores, continuar en el liderato de aquellos que se llaman "liberales" en los Estados Unidos. Anunció a raíz de su destitución fulminante, que no abandonaría la batalla por un liberalismo acendrado en el terreno de la política internacional. Es lástima que se confundan tan lamentablemente los términos, porque hemos llegado al punto de considerar que "liberal" es cualquier persona que simpatiza con la URSS o que favorece una política de apaciguamiento hacia ella. Curioso estado de la incoherencia de la mentalidad moderna que define la democracia como la defensa de una de las tiranías más sangrientas de todos los tiempos. Pero más vale que los católicos comprendamos el asunto en toda su amplitud. Lo dijo abiertamente el famoso escritor soviético, Ilya Ehrenbourg, cuando visitó los Estados Unidos; que el fascista puede medirse por la intensidad de su hostilidad a la URSS; quiere decir que la persona tibia hacia Rusia es un fascista a medias; la persona que duda fundamentalmente de su política o que manifiesta alguna hostilidad es indiscutiblemente un fascista. Wallace no llegó a tanto, pero la interpretación absurda de liberal y reaccionario campea en todo su discurso. Ha perpetuado esa falta de respeto por el sentido de las palabras que es una de las características más dolorosas de nuestro tiempo. No ha arrojado ninguna luz sobre el enmarañado problema de las relaciones internacionales sino al contrario, ha confundido con la autoridad de su palabra ese esfuerzo.

RICARDO PATTE E.